

**PALABRAS DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
DOCTOR ANDRES PASTRANA ARANGO, CON OCASIÓN
DE LOS 180 AÑOS DE LA BATALLA DE BOYACA Y DEL
EJERCITO NACIONAL**

Puente de Boyacá, 7 de agosto de 1999

“Un día llegará en que las palabras me enseñen sus azules secretos. Entonces pondré en formas mejores la emoción y el ensueño que provisionalmente dejo en éstas”, decía un maestro del verbo y la poesía como Porfirio Barba Jacob.

Hoy, cuando con ojos deslumbrados contemplo estos majestuosos campos boyacenses de la libertad, hago mías las palabras del poeta para significar lo difícil que es plasmar en unas pocas frases todo el tropel de emociones y sentimientos que vienen a mí en esta ocasión tan propicia para la remembranza de los héroes y para cimentar un indeclinable compromiso con el futuro.

Ante este auditorio amigo, conformado por altos dignatarios y diplomáticos acreditados de los países que nos acompañan en nuestra lucha diaria, por las autoridades eclesiásticas, por los líderes y representantes de los diversos estamentos de la nación colombiana y por los valerosos miembros de las fuerzas

armadas, quiero reiterar la vocación bolivariana e integracionista de Colombia.

En frente de estos grandiosos monumentos y de este pequeño puente que simbolizan uno de los momentos más trascendentales de la gesta libertadora, con la emoción palpable de pisar el mismo suelo que hollaron con sus pies maltrechos y mal calzados los soldados del coraje, quiero reafirmar el compromiso soberano de Colombia con la convivencia pacífica y la democracia.

Sobre esta tierra amada de Boyacá, cuna de la independencia americana, viene hoy el Presidente de los colombianos a rendir el más sentido tributo a los héroes que nos legaron con su sangre y su valor el privilegio inmenso de la libertad.

Un día como hoy, hace exactamente 180 años, a las dos de la tarde, en este escenario glorioso que recoge nuestro homenaje, se inició el enfrentamiento entre cerca de 2.700 soldados patriotas, armados de decisión y valentía, y otro número similar de miembros del ejército realista, que defendían la causa de su monarca.

Al mando de los patriotas, sobre su brioso corcel, como un centauro poderoso y vigilante, Bolívar dirigió desde la altura, con maestría y determinación, las acciones de sus tropas.

Podemos imaginarlo todavía, con su mente rápida, su don de mando y su mirada de águila, impartiendo las órdenes magistrales que habrían de desconcertar al enemigo y culminarían en la tremenda victoria cuyas consecuencias todavía celebramos y vivimos.

Su estatura moral se imponía sobre sus hombres, enfundado en un uniforme roto y manchado que dejaba ver las fatigas de las batallas y los extenuantes recorridos que lo habían llevado, -a él y a sus hombres-, en sólo 72 días, desde Matecal hasta ese momento culminante de su vida y de su tarea libertadora.

Habían realizado bajo la lluvia y sobre terrenos inundados, el trayecto desde Venezuela hasta los llanos del Casanare, donde las tropas de Bolívar se unieron a las organizadas fuerzas del general Santander.

Luego emprendieron la épica ascensión de los Andes, por el camino casi infranqueable del Páramo de Pisba, donde tantos hombres acostumbrados a los cálidos climas de la costa o el llano perecieron a causa del frío o rodaron por los tenebrosos precipicios. Cuando terminó esta odisea, el mismo Santander se refirió a su tropa como a “un ejército moribundo”.

Y fue este “ejército moribundo”, -al que Barreiro llamaba “ejército de pordioseros” por sus precarias condiciones de vestido y armamento-, el que coronó su primera victoria en Paya, el 27 de junio. Estaban desnudos, hambrientos y enfermos, pero contaban con el temple de acero de los héroes.

Al paso de estos valientes, el pueblo raso se les iba uniendo, ya sea para engrosar las filas del ejército patriota, ya para darles alimento o posada o para cubrir con tela sus flagelados cuerpos.

Y entonces, el 25 de julio, se libró la decisiva batalla del Pantano de Vargas, en la que las fuerzas patriotas hicieron de una derrota inminente la más grandiosa de las victorias, gracias a la carga heroica del coronel Rendón y sus feroces lanceros.

Así llegamos a la fecha gloriosa del 7 de agosto de 1819, que hoy conmemoramos con agradecimiento, respeto y veneración.

Dispuestos a cortarles el paso a las tropas del general José María Barreiro, -quien pretendía llegar a Santafé para unirse a las fuerzas del virrey Sámano-, en menos de 4 horas los patriotas recorrieron los 16 kilómetros que separaban a Tunja del puente construido sobre un riachuelo llamado Boyacá, y allí, con la más rápida y sorpresiva acción, obligaron a los realistas a presentar batalla.

Y en tan sólo dos horas de intenso combate, el destino de Colombia y de América quedó sellado con la victoria contundente de las tropas libertadoras.

Por eso hoy presentamos homenaje de gratitud a los héroes de Boyacá, que comandados por Bolívar hicieron posible el sueño de la libertad. Se nos llena de orgullo el corazón cuando mencionamos los nombres de los valientes de Boyacá, como lo fueron el general Francisco de Paula Santander, el general José Antonio Anzoátegui, el general Carlos Soublette, el

coronel Joaquín París, el coronel Juan José Rondón, el coronel Ambrosio Plaza, el teniente coronel José María Córdoba y tantos otros oficiales, suboficiales y soldados que honraron con dignidad y valor la causa sagrada de la libertad.

Sería Boyacá el principio del fin de la dominación colonial. Luego vendrían las heroicas gestas de Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho, que cerrarían con broche de oro la empresa libertadora de Bolívar.

Desde entonces nos une con Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia y Panamá, más allá de la proximidad geográfica, el recuerdo compartido de haber sido liberados por el mismo hombre genial, -que hoy nos permite llamarnos BOLIVARIANOS-, cuyo sueño de unidad e integración americana es todavía nuestro propósito común.

Hace 180 años, en estos campos de gloria, el ejército patriota libró la batalla decisiva de la independencia. Por eso hoy también, con el mismo pundonor de sus antecesores, celebramos los 180 años del Ejército Nacional.

Son hombres y mujeres de honor, que hoy continúan la tarea de ese primer ejército libertador que pagó con su sangre y sus sacrificios el alto precio de nuestra libertad. Son los herederos de esa tropa heterogénea, conformada por criollos, mestizos, indios y negros, -la esencia misma de la nacionalidad-, que ganó el privilegio de la independencia.

Un ejército que mantiene sobre las bases de su tradición histórica, el compromiso indeclinable de defender la democracia, respetar los Derechos Humanos y preservar la libertad que con tanto esfuerzo se ganó en estas tierras.

A ustedes: Oficiales, Suboficiales y Soldados de mi patria quiero en esta fecha solemne rendir el más sincero tributo de homenaje y agradecimiento.

Como Presidente de todos los colombianos y en nombre de ellos quiero reconocer la dignidad, la valentía y el decoro con que nuestras Fuerzas Armadas, y en especial el Ejército de Colombia, cumple cada día con su difícil tarea de portar las armas en defensa de sus compatriotas, exponiendo y

sacrificando su salud y sus vidas para preservar la vigencia de los principios que nos legaron los libertadores.

¡Cómo no estar en deuda con esos héroes de nuestro Ejército que han ofrendado sus vidas en el altar de la Patria! A sus familias, a sus compañeros de armas, a todos los colombianos solidarios con el dolor de esas promesas truncadas en la flor de la juventud, les garantizo que su sacrificio no será en vano. Ellos han muerto por una causa noble, han dado sus vidas por las de todos nosotros, y algún día, cuando la aurora de la paz despunte en el horizonte de Colombia, inscribiremos sus nombres con letras de oro en las páginas de nuestra historia, y su memoria jamás será olvidada, como no olvidamos hoy la sangre derramada por los patriotas de la libertad.

Hace exactamente un año, cuando ante todo el pueblo colombiano asumí la responsabilidad de dirigir su destino en uno de los momentos más críticos por los que haya pasado nuestro país, lo hice con tres convicciones que hoy perduran y que me mantienen firme en la voluntad de conducir a Colombia hacia un nuevo milenio, donde la violencia sea sustituida por la convivencia y la pobreza por el desarrollo.

La primera convicción era la certeza interior de mi absoluto compromiso con Colombia. Sabía que iba a encontrar un país desangrado por la violencia, la politiquería y la corrupción, y que su recuperación implicaría la toma de medidas drásticas, cuyo resultado no puede verse de inmediato. Pero ésta es la misión que he buscado y para la cual me he preparado y no voy a desfallecer en ella hasta lograr la paz y la recuperación moral y económica de la nación, con el concurso y apoyo de todos y cada uno de los colombianos.

La segunda convicción era la firme creencia en el pueblo colombiano, que me honró con la votación más alta que haya alcanzado persona alguna para acceder al gobierno de nuestro país, lo cual es un verdadero privilegio, pero a su vez es una enorme responsabilidad. Contamos con 38 millones de gente buena y trabajadora, honesta y responsable, que no puede dejarse amilanar por las obras de unos pocos violentos o la rapiña de unos pocos corruptos.

Con el concurso de todos los colombianos, en desarrollo de los distintos programas que estamos llevando a cabo desde el gobierno, **tenemos que llegar a buen puerto.**

La tercera convicción era la de contar con el respaldo y la garantía de unas fuerzas armadas profesionales, dignas y cumplidoras de su deber, que obran dentro del marco de la Constitución y el respeto a los Derechos Humanos.

Para mí, como Presidente y Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas de Colombia, es un honor contar con el apoyo firme y leal de hombres y mujeres como los que hoy conforman el Ejército Nacional, comprometidos con la paz y el progreso de los colombianos, pero al tiempo vigilantes y combatientes cuando las circunstancias lo exigen.

Son ustedes los dignos sucesores de esas legiones de héroes, cuyos gritos de batalla aún resuenan como ecos fantasmales en nuestros oídos. Los batallones, escuadrones y cuerpos de voluntarios, que nos dieron la independencia en 1.819, están fielmente representados en ustedes: los nuevos valientes

soldados de esta Patria que los bendice y apoya, ahora más que nunca.

A los boyacenses, guardianes y cultivadores de esta tierra patrimonio de libertad, les traigo buenas noticias, que redundarán en beneficio de su economía y de su empleo:

Vamos a iniciar el proceso para la realización de la doble calzada entre Briceño y Sogamoso, que incluye la construcción de 163 kilómetros de nueva carretera, la rehabilitación de 182 kilómetros de calzada existente y otras obras complementarias, dentro de un megaproyecto que esperamos empezar a construir en el segundo semestre del próximo año.

También vamos a adelantar la concesión de la carretera Zipaquirá-Chiquinquirá-Barbosa-Santa Marta, que permitirá una salida fácil hacia la Costa Atlántica. Además, mejoraremos las cuatro alternativas viales que integran a Boyacá con Casanare, Arauca y el vecino país de Venezuela, y recuperaremos la línea férrea entre la capital del país y Sogamoso.

Así le cumplimos a Boyacá: con vías, progreso y empleo.

Por otra parte, quiero anunciarles que la decisión del gobierno en el caso de Acerías Paz del Río, -de importancia neurálgica para la región-, estará orientada a la reactivación de la producción siderúrgica, la preservación de la mayor cantidad de empleos posible y la garantía de los derechos pensionales de los jubilados. Para ello, presentaremos a los accionistas una propuesta para liquidar la actual empresa –cuyos esquemas vigentes la han conducido al declive-, y entregar sus activos a una entidad fiduciaria que se encargue de vender los bienes no productivos y de arrendar la planta a un operador que la maneje, generándose así los ingresos para el cumplimiento de las obligaciones del fideicomiso que reemplazará a la actual empresa.

No queremos el cierre definitivo de la Acería. Se conciliará con los trabajadores para liquidar los contratos de trabajo y terminar la convención colectiva, pero se buscará que la nueva operación productiva contrate un 70% de los actuales empleados. El Instituto de Fomento Industrial, por su parte, financiará con 15.000 millones de pesos el inicio de operaciones del nuevo esquema productivo. Así rescataremos

de su postración actual esta siderúrgica que ha sido por tantos años símbolo de la pujanza boyacense.

Al concluir esta evocación de la Batalla de Boyacá, no quisiera dejar de hacer especial referencia al recuerdo de un hombre sencillo que hoy propongo a la memoria colectiva como el ejemplo de lo que debemos ser todos los colombianos.

Me refiero al soldado boyacense Pedro Pascasio Martínez, quien era ordenanza del general Bolívar y encargado de sus caballos de batalla, y a la sazón contaba con sólo 17 años.

Pues bien: este colombiano humilde, de origen campesino, tuvo la suerte de encontrar al derrotado general Barreiro, oculto en unos barrancos cerca del río, cuando ya anochecía después de la batalla del 7 de agosto.

Inmediatamente, el soldado Martínez hizo prisionero al orgulloso general español, quien, viéndose perdido, le ofreció una faja de onzas de oro que tenía en el cinto, a cambio de que lo dejara escapar. “Yo soy el general Barreiro. Toma y suéltame”, le dijo el abatido militar, a lo que el indignado

Martínez le respondió en su léxico campesino: “Siga adelante. ¡Si no, lo arreamos!”, y lo condujo a presencia de los líderes patriotas.

Cuando recuerdo esta anécdota, no puedo menos que pensar en el impactante ejemplo que nos dejó este hombre sencillo, quien por su honradez y lealtad con su patria pasó a la historia.

En estos momentos, cuando sufrimos en carne propia los nefastos efectos de la corrupción y del narcotráfico, que generó la cultura del “dinero fácil”, **¡cuántos Pedros Martínez necesitamos!**: Hombres puros, de principios morales, conscientes de su papel en la preservación de la sociedad y el desarrollo de su país. Hombres de honor, que no manchan su moral por unas onzas de oro. Hombres de cristal, transparentes, que puedan mirar con ojos claros y sin vergüenza a sus hijos.

Yo creo en la honradez y la solidaridad de la gran mayoría de los colombianos, herederos morales del soldado Pedro Martínez. A ellos acudo para que continuemos y avancemos

aún más en los propósitos de transparencia y en la lucha contra la corrupción en los que está empeñado mi gobierno.

Hace un año, cuando asumí ante Dios y el pueblo colombiano la enorme responsabilidad de dirigir su destino, me comprometí con la recuperación de los valores de la sociedad y con la persecución de los corruptos y el rescate de la honradez pública. Para ello hemos puesto en práctica un drástico programa anticorrupción, que está rindiendo importantes frutos.

Pero todos estos esfuerzos serían vanos, si no van acompañados de una voluntad de colaboración y denuncia por parte de los colombianos, porque los corruptos se alimentan del silencio y las sombras, **pero nunca podrán triunfar bajo la luz del sol.**

Por eso este día, a pocos pasos del lugar donde el soldado Pedro Martínez hace 180 años rechazó el soborno ofrecido por el general Barreiro, quiero invitar a todos mis compatriotas a erigir su figura en un ejemplo de lo que debe ser en adelante la conducta intachable del colombiano.

Sólo así podremos, todos unidos, derrotar la corrupción que saquea las arcas de la nación, cuyos fondos son patrimonio común de los colombianos.

La Batalla de Boyacá terminó hace 180 años a las 4 de la tarde, y con ella empezó una nueva era de libertad para Colombia y los territorios vecinos. Pero las batallas por el bien común no han terminado. Hoy los enemigos no son tropas extranjeras, sino otros tal vez más funestos y peligrosos. La guerra hoy es contra la corrupción, contra el desempleo, contra la pobreza y contra el secuestro y la violencia, en todos sus aspectos.

Es una lucha de múltiples batallas en las que está empeñado mi gobierno y en la que espero contar con el apoyo y la acción decidida de todos los colombianos.

Hemos avanzado ya un camino importante, con grandes logros y también grandes dificultades. Pero queda un buen trecho por recorrer. Como los tenaces patriotas, estamos descendiendo ya las duras estribaciones del Páramo de Pisba, pero tengo la

seguridad de que con la colaboración y el sacrificio de todos hemos de llegar pronto al cumplimiento de nuestros sueños.

Cuando Bolívar vio perdida la batalla del Pantano de Vargas, se acercó a él el intrépido coronel Rondón y le dijo: “¿Cómo se ha de perder, si ni yo ni mis jinetes hemos peleado?”. Y gracias a su carga de valor, la batalla se convirtió en un rotundo éxito.

A todos los colombianos que desesperan y se dejan llevar por el pesimismo contagioso de la crisis, les repito hoy estas mismas palabras: “**¿Cómo se ha de perder, si no hemos peleado?**”.

Vamos todos juntos. Avancemos de frente hacia el progreso y la paz. Hemos dado pasos trascendentales durante este año, pero todavía son tiempos difíciles. Así que: **¡Adelante!**

Como dijo el mismo Rondón: “**¡Los que sean valientes, síganme, porque en estos momentos triunfaremos!**”.

Y a la comunidad internacional, que hoy más que nunca nos acompaña con su solidaridad y su apoyo, quiero decirles que Colombia, por boca de su Presidente, en medio de este campo

sagrado de la independencia americana, reafirma ante el mundo su vocación de libertad y democracia.

Hoy Colombia de nuevo mira a los demás países del orbe con su frente alta y soberana, con una sola mirada, que es la mirada limpia y esperanzada de 38 millones de colombianos que estamos dispuestos a luchar las nuevas batallas de la paz y el progreso.

¡Gracias, Boyacá, por tu herencia de coraje y heroísmo!

Los colombianos que libertaste miran con confianza el futuro, porque en nosotros habita el espíritu de los valientes y el ideal de Bolívar.

Muchas gracias.